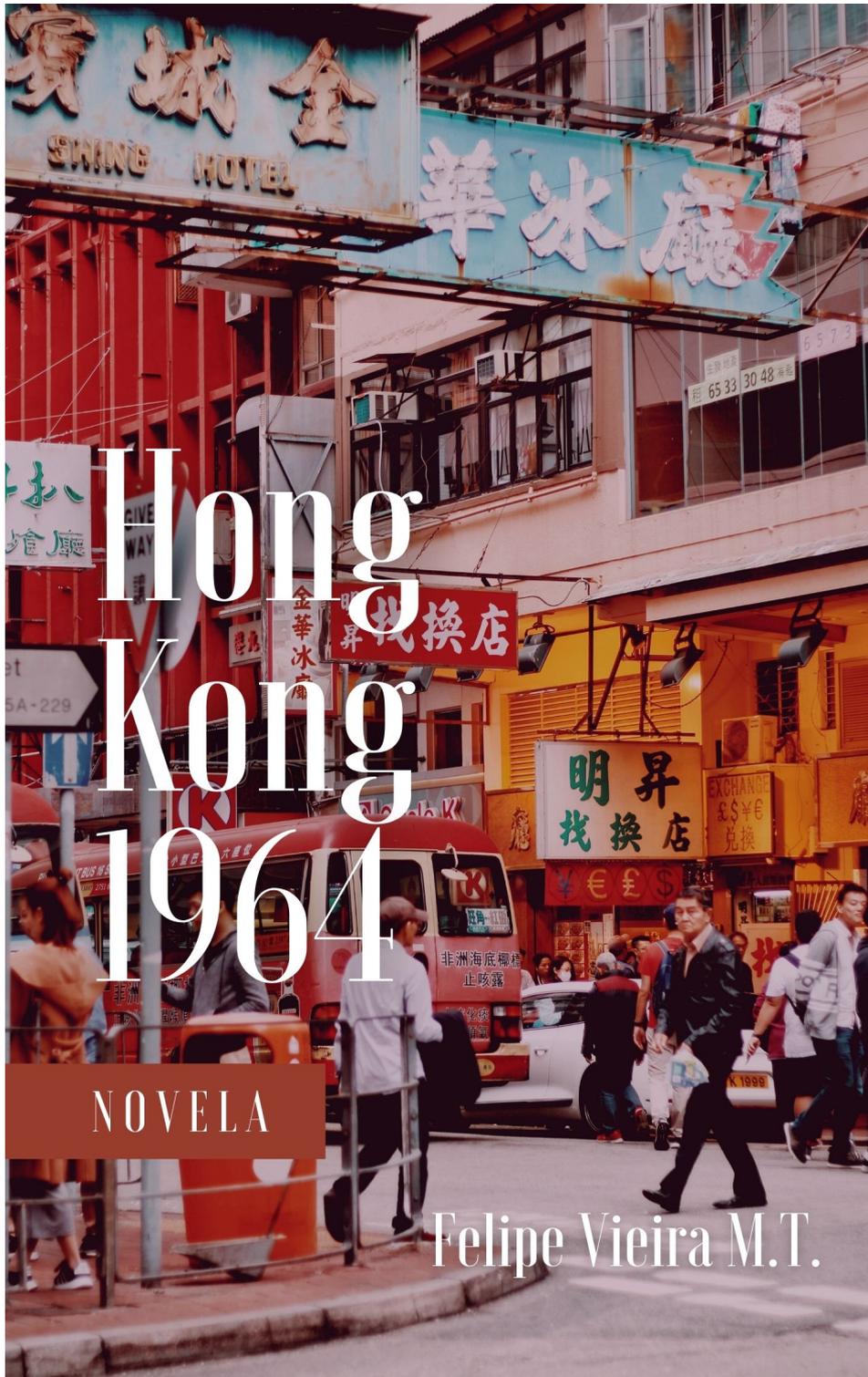


Hong Kong 1964

Felipe Vieira de Moraes Tavares



Hong Kong 1964

NOVELA

Felipe Vieira M.T.

Capítulo 1

Son las 3.45 de la mañana en Hong Kong. Llueve lastimosamente afuera. Es una lluvia tropical, con largos goterones que acabarán bastante rápido y la humedad empeorará el sofocante calor del verano.

El verano de 1964 fue especialmente malo en ese aspecto. Cuando llegué a Hong Kong no imaginaba lo sofocante que sería este calor, esta ciudad, esta pequeña habitación de una sola mesa y cama donde me hospedo por 12 dólares al mes.

Miro hacia el pequeño ventilador que ruge a toda velocidad intentando combatir este calor al lado de mi mesa. Como todo en esta ciudad es una copia "Art Decó" de algún ventilador occidental.

Yo también soy occidental. ¿Habrá en esta ciudad alguna copia mía?

He decidido bajar a mi portal a buscarla, con la excusa de fumarme un cigarrillo. Abro la puerta de la habitación y soy inundado por el denso humo de tabaco que emana de la mesa plegable en el salón de la señora Ping. Hay cuatro personas jugando al Mahjong. Conozco a tres de ellas, el señor y la señora Koo, Una pareja que vive enfrente a mi habitación. Él tendrá unos 32 años, ella unos 40. En esta casa, excepto la familia Ping, nadie es de Hong Kong. Si lo fueran conocerían un sitio mejor donde hospedarse. Nadie pregunta de dónde viene o por qué motivo hemos llegado a Hong Kong. Y lo prefiero así. De todas formas la señora Ping cree que los Koo llegaron aquí tras conocerse y que la señora Koo antes tenía otro marido.

La otra habitante de la mesa es la hija de la señora Ping. Tiene 21 años y estudia enfermería. A la señora Ping le disgusta que estudie. Según ella debería de ayudar más con la casa y prepararse para heredar el negocio familiar. Al señor Ping le gusta mucho que estudie y está muy orgulloso. El señor Ping fue criado por una madre soltera y sabe lo difícil que pueden ser las cosas para una mujer en estos tiempos. El señor Ping no tuvo la oportunidad de acceder a una educación y antes de tener esta casa se sustentaba mediante préstamos de amigos, dinero de amantes y el juego.

A la señora Ping también le gustaba jugar. El señor Ping siempre cuenta que el 12 de octubre es su día de la suerte. En 1940 en ese mismo día no pudo ir a su club habitual dado que debía demasiado dinero. Así que fue al club de enfrente, donde conoció a la señora Ping. Se sentaron en la misma mesa y empezaron a jugar al Mahjong. Como en ese momento aún no debía nada el señor Ping decidió apostar muy fuerte. El señor y la señora Ping estuvieron jugando hasta el día siguiente. La señora Ping acabó apostando esta casa donde me hospedo. El señor Ping ganó. En la

siguiente ronda como no tenía nada más que apostar y quería recuperar su casa la señora Ping apostó un beso. El señor Ping volvió a ganar. A lo largo de dos semanas siguieron jugando al Mahjong hasta que la señora Ping recuperó su casa. Y se llevó al señor Ping con ella.

El 12 de octubre de 1943 nació su hija.

-- Señor Chow, ¿qué hace levantado tan tarde? ¿le hemos despertado?

-- No señora Ping, iba a salir a fumar al portal. Disculpe que le interrumpa la partida

-- Señor Chow, debería de estar durmiendo, usted tiene que ir a trabajar mañana

La señora Ping cuida demasiado mi aspecto profesional. Entiendo que no quiere que el único inquilino que paga la renta al día deje de hacerlo.

Tuve algo de suerte y conseguí un trabajo bastante cómodo en una oficina de ingeniería cercana. El salario era bueno, el resto no tanto. No llegaba a odiar mi trabajo, tan solo tenía la sólida e insidiosa sensación de que podría estar haciendo algo mejor, de una forma mejor en cualquier otro sitio.

-- Tranquila señora Ping. Tan solo voy a fumar. No se preocupe por el trabajo.

-- Está lloviendo y sabe que puede fumar en la habitación. Si está aburrido puede unirse a la partida de Mahjong.

A la señora Ping le gusta más el juego que la perspectiva de que le pague en el plazo. Es bueno saberlo.

-- Me reí. Señora Ping, usted sabe perfectamente que no sé jugar al Mahjong, solo me quiere en la mesa para desplumarme. Pero si me dan una cerveza les haré algo de compañía en la mesa. Pero no jugaré.

La mesa se rió. Especialmente el señor Ping. La señora Ping me indicó la nevera con la mano. Cogí una cerveza. Me había prometido no beber nunca más después de una resaca especialmente terrible unos dos días atrás. Supongo que por una no pasará nada. acerqué un banco verde y algo rasgado a la mesa y me senté entre la señora Koo y la hija de los Ping. La señora Koo se movió sutilmente hacia la izquierda para dejarme algo más de espacio. La hija de los Ping no lo hizo, de modo que estaba bastante cerca. Desde esa distancia podía oler su perfume entre el olor amargo del tabaco. Su perfume era especialmente dulce. No era de mis

favoritos.

Lastimosamente sé muy poco de Mahjong como para poder describir la partida. Pero puedo describir a sus participantes. Los Ping estaban bebiendo y fumando. Parecían muy relajados y creo que iban ganando. Los Koo estaban muy concentrados. El señor Koo solo se movía o bien para colocar una nueva ficha o para beber. La hija de los Ping parecía muy concentrada en el reloj de péndulo que tenía detrás mía. Mientras, el otro ocupante de la mesa no dejaba de mirarla. Debía de tener unos 25 o 26 años, más o menos mi edad.

-- Disculpa, soy el señor Chow, creo que no nos han presentado. Dije mientras tendía la mano al ocupante desconocido.

La hija de los Ping se aclaró la voz y dijo que era su novio. Se apellidaba Ho. Cuando dijo la palabra novio miró hacia otro lado.

Mientras tanto, Lin, única hija de los Ping, vió primero una sombra circular sobre la mesa. Luego vió la cerveza de Chow aterrizando suavemente sobre la sombra, miró a la mano que la sostenía y siguió la curva de su brazo, se paró en su hombro derecho, luego cuello cara y ojos. Cuando vió que él la estaba mirando apartó la vista rápidamente hacia el reloj de péndulo que Chow tenía detrás.

Pensó en su novio. Y en cómo Chow podía ocupar su lugar. Y en como si Chow no aceptase tendría un lugar vacío sin estar ocupado por nadie. Era mejor que siguiera con su novio Chang.

Miró a Chang. Se levantó y cogió dos cervezas. Sentía la mirada de su novio clavada en la espalda. Sintió también que deseaba que Chow la estuviera mirando. Se giró y dio una cerveza a Chang y otra a Chow. Cuando se la dio a Chow le tocó la mano. Sabía que Chow no había comprado bebida esta semana. A Chow le gusta beber. Apreciará la cerveza.

Vi que la hija de los Ping me tendió una cerveza. Me había dicho que no iba a beber más pero es de mala educación rechazar bebida. El señor Koo le preguntó dónde estaba la suya. La señora Koo le pegó un codazo debajo de la mesa.

Inesperadamente el señor Chang no aceptó la cerveza. El señor Koo hizo el amago de ir a cogerla pero fui más rápido. Dado las circunstancias cuál era la diferencia entre dos o tres? La hija de los Ping me miró y se rió. Yo seguí viendo la partida y bebiendo. Tres no fueron las únicas que tomé aquella noche.

Me levanté aquella mañana y mi habitación tenía un olor peculiar que me era muy familiar. Lo había oído en la respiración de Victoria por las

mañanas, cuando venía a visitarme. Cuando yo aún no estaba en esta ciudad. Cuando ella aún estaba en mi vida.

Olía a alcohol y a resaca.

Llamé al trabajo y dije que estaba enfermo. No había cogido vacaciones desde que entré. El jefe de sección me dijo que descansara y me recuperara. No me gustaba mentir, pero ir en aquellas condiciones era peor que no presentarme. Casi les estaba haciendo un favor.

Miré por la ventana. El cielo era de un color gris uniforme. Con una claridad sorprendente. Como si todas las nubes tuvieran su propia fuente de luz bañando Hong Kong en una dolorosa luminosidad. Aparté la vista y cerré la persiana. Comería algo si no fuera por el estado de mi estómago. Me volví a la cama. Apenas minutos después mi vejiga me hizo salir de ella y enfrentarme al mundo fuera de mi habitación. Había café recién hecho. Se podía oler desde el corredor. Decidí que la jarra de café sería mi próxima parada en este pequeño viaje.

Todos dormían excepto la hija de los Ping. Mientras tomaba café me contó que se llamaba Lin, que yo llegaba tarde al trabajo y que me iba a poner la corbata que había acabado detrás del sofá cuando la tiré celebrando una espléndida jugada del señor Ping. Lo dijo todo extremadamente rápido y estaba demasiado concentrado en no vomitar el café como para disuadirla. Por lo menos me puso la corbata delicadamente. Cualquier mínimo movimiento brusco era algo con lo que me era imposible luchar en aquellos momentos.

Se movió delicadamente hacia atrás, luego hacia la izquierda. Deslizaba su mano sobre los muebles de la cocina hasta que alcanzó la vieja radio. Alternaba la vista entre mirarme la corbata, mírame a los ojos y mirar al suelo. Encendió la radio. Cambió la emisora a una más moderna. Casualmente emitían una de mis canciones favoritas. Cerré los ojos lentamente y giré la espalda contra la pared. Me apoyé contra ella mientras dejé que la música me meciera. Noto primero su perfume. Luego noto la respiración de Lin a dos palmos de mi cara.

Decido no moverme pero sé que en el fondo, una parte de mi quiere que lo haga.

Noto que apenas un momento después Lin se gira y se apoya ella también en la pared. Cuando acaba la canción abro los ojos. Pienso en el hombre que durmió aquella noche con Lin.

-- Está bueno este café, ¿lo hiciste tú? Dije

-- No, No. Mis padres se fueron a dormir hace poco. Aún está caliente.

¿No vas a trabajar hoy?

-- No. he llamado y he dicho que estaba enfermo.

-- ¿Lo haces mucho verdad?

-- Pero siguen sin quejarse.

-- Bueno, yo si tengo que ir. Nos vemos señor Chow.

-- Me puedes llamar Lonnie.

-- Nos vemos después Lonnie.